

produjeron los movimientos del post-modernismo en Colombia".

La aventura lingüística extrema de León de Greiff, su gula por la palabra, su filigrana verbal, su festín y merienda con el lenguaje, lo llevaron a incluir como proyecto la traducción de su obra completa al "castellano básico", para facilitarles el trabajo a sus empecinados detractores. Por fortuna, nunca cumplió su promesa. La *Antología multilingüe*, editada cuidadosamente por Colcultura, reúne cincuenta poemas (róndeles, baladas, sonatinas, canciones, cancióncillas, cantigas, sonetos, relatos, etc.) traducidos al alemán, catalán, checo, euskera, filipino, francés, inglés, italiano, malayo, ruso y sueco. Actualmente se han traducido ciento cincuenta y tres poemas, muchos de ellos con más de una versión al mismo idioma, por lo que el número de traducciones existentes hasta el momento ha aumentado a doscientas catorce. El único traductor que tuvo un contacto directo con el autor mientras efectuaba su trabajo fue André van Waseenhove (traductor al francés). El primer traductor de León de Greiff al alemán fue el poeta Erich Arendt, en 1975. La más reciente traductora al alemán es Katharina Posada (hija de colombiano y alemana, residente en Heidelberg), traductora también de Álvaro Mutis. El filólogo norteamericano Edgar C. Knowlton es su traductor al inglés. En 1986 apareció en Moscú una antología del catedrático Serguéi Goncharenko titulada *Bajo el signo de Leo*, con ciento diecinueve poemas. El epígrafe para estas traducciones al ruso, según Hjalmar de Greiff, pueden ser las palabras sustanciosas del poeta Nicolás Guillén que nos sirven como aperitivo: "Preparémonos para encontrarnos con el colombiano León de Greiff, para la fiesta de colores, ritmos excepcionales, músicas inesperadas, pero también al encuentro con la sabiduría amarga, el dolor secreto sin el cual no hay grandes poetas". Cerremos esta nota, escuchando al propio Serguéi Goncharenko cuando afirma: "En esta estilística poética de León de Greiff se reunieron dos principios tradicionalmente contrarios: —la musicalidad— en su sentido más amplio y profundo: el espíritu de la música, y de otra parte el ánimo burlesco... Evidentemente, no están errados

quienes ven en León de Greiff al Góngora latinoamericano, pero a un Góngora del siglo XX, pleno de experiencia, de hallazgos y decepciones de más de tres siglos literarios..."

JORGE H. CADAVID

Puentes que fueron

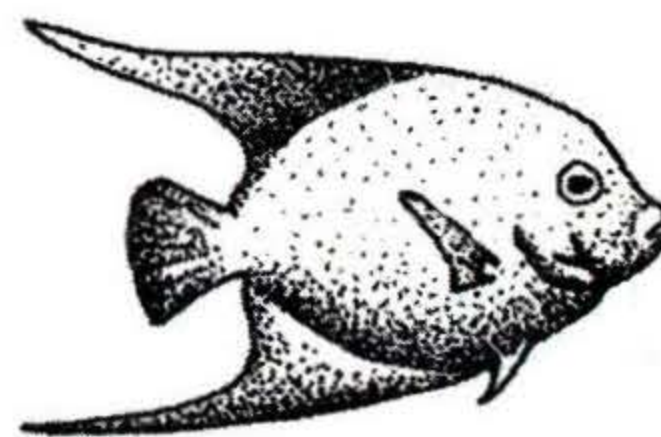
Vida en amor y poesía

Carlos Martín

Instituto Caro y Cuervo, serie La Granada Entreabierto, Santafé de Bogotá, 1995, 611 págs.

Esta *Suma poética* recoge 10 de las obras de Carlos Martín, publicadas entre 1939 y 1993. Se trata de una antología complementada al final con *Otros poemas*, y, en su fase inicial, con dos interesantes ensayos del mismo autor: "Así nació Piedra y Cielo" y "Entre realidad y trascendencia". Por supuesto, encontramos además una *Presentación*, y distintos *Comentarios* a la obra de Martín, el benjamín de "Piedra y Cielo", cuya palabra poética —a través de la *Suma*— se ve siempre signada por la concepción que de la poesía tuvieron los creadores piedracielistas más representativos (excluyendo al nariñense Aurelio Arturo, naturalmente, que es como un cosmos aparte, reconocido en su real trascendencia solamente por las actuales generaciones). El mismo Aurelio Arturo es causa y aliento de algunos de los poemas de Carlos Martín. Pero la ascendencia mayor, incuestionable, es la del chileno Pablo Neruda —y no tanto de Huidobro, como se nos señala en alguna parte del libro—. Sí hay otras ascendencias reconocidas: Valéry, Eluard, Rilke, ... ¿qué autor no las posee? otra cosa es que éstas se reasimilen —se reciclen— y adquiera el poeta, por fin, las direcciones de su voz interna, que tienen que ser únicas, y que dan un sello personal, intransferible, característico de la autenticidad creadora. Según esto, nos parece que lo que ocurre con Carlos Martín sucede con sus coterráneos es-

pirituales de Piedra y Cielo. Sus voces son parecidas, hermanadas por un mismo ideal de la poesía, y sus resultados importantísimos dentro de la literatura colombiana, si convenimos en que constituyeron un remezón de las anquilosadas posturas poéticas de su tiempo, encabezadas por Guillermo Valencia, sobre todo. Pero este vuelco que ellos ocasionaron no implica el broche de oro. Pues aparte del nuevo y necesarísimo aliento que insuflaron en la poesía colombiana, no hay conclusiones extraordinarias en la obra de Carlos Martín, como tampoco en sus compañeros de ruta y extravío. Los lugares que reiteran los poemas de Carlos Martín, abundantes en "jazmines y suspiros", "arroyos", "sueños", "ruiseñores", "sollozos", "ángeles", "mariposas", "ruinas", "agonías", "luceros", "rosas", "arpas", "tumbas", y "llanto" ya, sin ninguna duda, están paralizados, no prestan la menor utilidad dentro del proceso actual de la poesía colombiana, para no hablar de la de más allá, a la que, desafortunadamente nunca accederá nuestro poeta Martín. Y la razón principal de la auténtica poesía es su retransformación perdurable, un *estado poético* al que cualquier contemporáneo —de hoy o de mañana— pueda asomarse con emoción y asombro, y no como ante un paisaje que no persuade, que muestra en alguna esquina el resquebrajamiento de lo trillado o, por lo menos, de lo que fue un día, pero ya no lo es, de ninguna manera.



Hay poemas relativamente conmovedores, es cierto, a lo largo de esta *Suma*, y los más son resultado de una permanente mirada ante el transcurso del tiempo y la consiguiente nostalgia por el pasado, el pasado geográfico y humano, las voces que desaparecieron pero subsisten en la memoria del poeta —no de la poesía—. Por todo esto, no

es aventurado concluir que Carlos Martín, en nuestro medio, es un poeta de buena factura, que, sobre todo, cumplió con su cometido, en su momento, a manera de puente renovador que, sin embargo, es ahora un puente partido: Se esgrime la misma poesía ante sus hacedores, cuando el tiempo los cuestiona, los apunala o los pulveriza; paradoja que muy pocos creadores superan ampliamente, hasta que también a ellos les llegue su día.

La poesía de Carlos Martín, como la de los otros piedracielistas, tiene la singularidad de habitar un castillo de naipes de palabras, donde el menor soplo de realidad le hace tambalear, o, en el mejor de los casos, caer, para así conformar un enjambre de estrellas... ¡perdón!..., de palabras.

GUILLERMO LINERO

Gerardo Valencia: poeta y dramaturgo inadvertido

La poesía de Gerardo Valencia

Cecilia Hernández de Mendoza
Instituto Caro y Cuervo, Santafé de
Bogotá, 1996, 140 págs.

Gerardo Valencia (1911-1994) perteneció a la generación de poetas de Piedra y Cielo, lectores fervorosos de Juan Ramón Jiménez y los hermanos Machado; de los poetas de la generación del 27, especialmente de García Lorca, Luis Cernuda y Gerardo Diego. Todavía le rendían tributo a Rubén Darío; pero exasperados con un estancamiento prolongado de la poesía nacional, se iniciaron en la lectura asidua y rigurosa de Rainer Maria Rilke y T. S. Eliot. Junto con Jorge Rojas, Tomás Vargas Osorio, Eduardo Carranza, Aurelio Arturo, Arturo Camacho Ramírez, el poeta Gerardo Valencia publicó sus primeros versos en los Cuadernos de Piedra y Cielo, que aparecieron entre 1939 y 1940. Formó parte de las generaciones intelectuales que pudieron vivir

animadas tertulias en los cafés capitalinos y tuvieron que ver, sobre todo Gerardo Valencia, con los primeros días de la radio cultural en Colombia.

Entre los piedracielistas, el poeta Valencia fue el menos ostentoso, el más silencioso y modesto. David Mejía Velilla lo llamó acertadamente "poeta esencial de su generación" y prefiero agregar que fue poeta trascendente, algo ensimismado en su poesía, que pareció ser una prolongada y sistemática introversión interrumpida solamente por su poemario titulado *El libro de las ciudades*, donde por fin sale a buscar respuestas caminando por el mundo.



En un país donde suelen heredarse la práctica política y la práctica poética, el poeta Gerardo Valencia no escapó de la rutina de pertenecer a la aristocracia letrada payanesa que, a comienzos de este siglo, vivía más de los honores relativos del apellido que de la riqueza acumulada. El mismo poeta lo advirtió en su breve autobiografía: "Mi familia, no obstante pertenecer a una alta clase social, era muy pobre". Tampoco escapó a los nombramientos inocuos pero necesarios de las embajadas o a puestos públicos medianos. Escasamente se le recuerda por su poesía, pero un descuido crítico mayor es que no se le reconozca ni valore su obra de dramaturgo. Y si su poesía apenas ha conocido comentarios ocasionales, su dramaturgia no ha inspirado más allá de la reseña breve en alguna de las poquísimas historias de nuestra vida teatral.

Para Valencia, la poesía era una labor trascendente; con razón hubo prolongados silencios sin publicación alguna; con razón su primer libro, *El ángel desalado* (1939), fue publicado

más por la animosidad de sus amigos que por convencimiento propio, y su segundo libro, *Un gran silencio*, apareció casi treinta años después.

La selección de poemas que preparó el Instituto Caro y Cuervo es muy breve y está precedida de un estudio de la lingüista Cecilia Hernández de Mendoza (1915). El libro servirá para demostrar que la poesía de Gerardo Valencia merece mayor atención y eso implica la preparación de una ambiciosa y juiciosa edición crítica que incluya tanto su poesía como sus piezas teatrales y sus aportes a otros géneros. Este libro escueto, parcial e incompleto quedará como pequeño homenaje, porque apenas puede recoger algunos versos representativos de cada uno de los poemarios que alcanzó a publicar en vida el poeta payanés.

Cecilia Hernández de Mendoza se ha dedicado con empecinamiento al estudio sistemático de escritores colombianos, casi siempre poetas, con base en la caracterización semántica. Desde el camino abierto por el filólogo e historiador alemán Ernst Robert Curtius y seguido con eficacia por la española María Rosa Lida, el estudio de los temas y motivos en las obras literarias ha sido preocupación más o menos fecunda entre los lingüistas que ven en el texto literario un texto de lengua como cualquier otro. El resultado es, por costumbre, desmenuzamientos tan asépticos, austeros y fríos como los recintos de la hacienda Yerbabuena, donde ha enseñado durante muchos años la maestra Hernández de Mendoza. Aunque en sus trabajos se esmera por hallar el "significado total" de los textos literarios, no suele llegar a conclusiones muy notables ni tampoco logra trascender a la necesaria valoración crítica. Esas "caracterizaciones semánticas", además, corren el riesgo de convertirse en paráfrasis del texto poético en vez de ser análisis e interpretaciones agudos. Paráfrasis es, simplemente, decir con otras palabras lo que el poema dice; en eso incurre varias veces la profesora Hernández.

Hernández de Mendoza había hecho estudios semejantes con la obra poética de León de Greiff y Jorge Rojas. En el primer caso, el resultado fue bastante deplorable, puesto que quedó al des-